



profesión social y familia

Manuel Calvo, S. I.

I. El problema

El hombre adulto sin profesión nos produce cierta lástima. Y percibimos con ello algo más que la falta de recursos de subsistencia que pueda ocasionarle el estar sin trabajo. Porque una impresión parecida, esta vez mezclada de menos aprecio, nos causa el joven rentista que se permite el lujo del ocio organizado. Y no consiste el desvalor advertido en la fealdad moral del egoísmo cerrado en sí. Un señor en batín cuya única ocupación fuera dar clases a sus hijos o afanarse en otras labores domésticas dejaría de ser una estampa humana si el diagnóstico médico no lo justifica. No está completo el hombre, en plenitud de facultades, sin una profesión social determinada.

El valor de la profesionalidad en el hombre no empieza a extrañarnos hasta que se enfrenta con el valor familiar y pretendemos establecer una jerarquía

entre ellos. Se explica a los muchachos, para sentarles a estudiar, que la función primaria del hombre es la profesión social; y la familia, la función secundaria. Inversamente a la mujer. ¿Cómo habrá que entenderlo?

En una concepción utilitarista de la profesión, a favor de la familia, se coloca a ésta por delante en el orden de valores. El fin de la profesión sería volver a casa con las manos llenas. Corroboraba esta posición la doctrina sobre los derechos inalienables del individuo frente a la sociedad, y la que nos enseña que todos los bienes terrenos tienen la destinación de medios para el hombre, la familia en nuestro caso.

Sin embargo, quedan por explicar otros extremos: ¿Cómo puede presentárenos la profesión como un valor en sí, independientemente de la familia? ¿Por qué no está completo el hombre sin una misión social, aunque su familia no necesite el fruto de su trabajo?

notas - notas - notas

Toda profesión bien ejercida supone un altruismo y desinterés que no explica el provecho familiar.

Podría pensarse en el valor de auto-desarrollo que puede tener la profesión para explicar el aparente desinterés de muchas profesiones sociales. Pero tampoco esta visión culturalista nos descubre toda la realidad. El fiel cumplimiento del deber profesional lleva en no pocos casos al sacrificio personal y familiar. Y no puede uno sentirse obligado por un medio que sacrifica el fin a que se destina.

¿Qué representa entonces la familia para el hombre? ¿Podrá subordinarse a la profesión? ¿No es la familia la primera obra del hombre, el prójimo más cercano de su obligación?

Problemática, densa y enmarañada, de hondas raíces, que nos obliga a esbozar los ejes maestros de la vida del hombre para descubrir en la simplicidad de sus trazos el engarce exacto de profesión social y familia.

II. Vida humana, dialéctica del amor

El amor puede considerarse como un propio enriquecimiento, autorrealización: en cuanto prescinde de todo lo demás y se erige en centro exclusivo de nuestro dinamismo vital recibe el nombre de "amor propio". Cuando es tendencia hacia el Ser descubierto en el mundo —cosas y personas—, y busca realizar el verdadero destino metafísico de la persona humana, se llama "amor desinteresado".

Diariamente se entabla en el interior del hombre un debate que intenta jerarquizar ambos amores. La incomunicabilidad esencial a la persona huma-

na le sugiere cerrar sobre sí las fuerzas de su amor. La invitación del Ser intuitivo quiere integrarle en unidades más ricas de ser. Luchan Eros y Agape, egoísmo y altruismo.

La victoria del "amor de otro" la va a conseguir el amor interpersonal de hombre y mujer. La agitación interior que producía la fuerza centrípeta del amor propio se ha calmado ante la evidente felicidad proporcionada por la salida de sí. La más fundamental tendencia humana, ese amor bipolar, amor de sí, amor de otro, ha quedado satisfecha en esta forma. Se ha cerrado el paréntesis abierto que es la soledad de una conciencia limitada. De tal manera se han fundido en un único ser por el amor, que presenta los caracteres absolutos de un amor absorbente, definitivo y exclusivo.

Se ha formado la segunda mónada humana: ahora el amor de sí es el propio amor conyugal. Y aparecen los hijos como fruto inesperado que viniera a turbar la sociedad de dos. Pero vienen a salvarla, proponiéndole otra vez, de forma irresistible, una nueva ampliación. ¿Se tendrá que abandonar la fusión conseguida para salir hacia los hijos? Como el amor de sí encuentra su plena realización en el altruismo conyugal, el amor de los esposos cobra su máxima expresión en el amor de los hijos. Porque no puede amarse a los hijos individualmente, con exclusión del otro. La pareja en cuanto tal ama en el amor que cada uno profesa a los hijos. La piedad paternal es un éxtasis del amor conyugal, un nuevo paso en el camino que enriquece al hombre al proyectarle hacia la totalidad del Ser.

Se encierra la familia en un círculo de relaciones estrechísimas, intransferibles, que la separan del resto de los hombres. Ahora el amor del otro se dirige a la comunidad. Este amor de sí,

notas - notas - notas

familiar, con ser sagrado e intocable, ha de abrirse generosamente para no renunciar a nuevos horizontes de grandeza y felicidad humana.

Y este es el punto en que el hombre, en representación de su familia, sale del hogar para integrarse en el movimiento que hace crecer la sociedad.

III. La profesión social, misión de la familia

Los vectores del dinamismo humano que llamamos amor solucionan la tensión problematizada al comienzo de esta nota. La familia toda se encuentra ante la comunidad social con el deber de la ampliación.

El miembro caracterizado psicodinámicamente para realizar esta salida a la ciudad humana es el hombre. Está dotado para sufrir el encuentro, duro por desconocido, a la intemperie, con el mundo extrafamiliar. Las mismas cualidades directivas que le constituyen cabeza de su familia le capacitan para el servicio de la organización social.

El trabajo aplicado a la extracción de bienes de consumo, que suscita la idea materialista de un intercambio primitivo de esfuerzo por subsistencia, ocupa cada día a menos hombres. Así cobra la profesión social su verdadero carácter de entrega a una empresa humana de engrandecimiento solidario que tiende más allá del bienestar económico.

Estas perspectivas espiritualistas, que se vislumbran cada vez con más claridad en el horizonte del esfuerzo social, justifican el sacrificio altruista que toda fidelidad profesional lleva consigo. Y no significa una renuncia del hombre a la felicidad de su familia. En su entrega a la profesión debe llevar junto

a su convicción espontánea y libre, la admiración y el aliento de la esposa, identificada en el mismo amor, la generosidad gozosa de los hijos, nunca mejor dispuestos que en esa edad al idealismo altruista.

Cada relación prematrimonial y toda educación de los hijos ha de tener presente esta necesaria nivelación de la tónica espiritual que ha llevar a la familia por los derroteros de una común misión social. Cada familia ha de cultivar comunitariamente la mística de su propia profesión social. Necesitan todos saber que detrás de los hombres por quienes se esfuerzan ascéticamente no queda otra mejor ampliación terrena. Para cada familia en particular la propia profesión representa el término de sus afanes temporales. Aunque sostengan con sus manos los cimientos más materiales del edificio social están culminando la obra del mundo. Detrás de su trabajo profesional espera Dios, para terminar la entrega que nos ha ido haciendo de Sí cada vez que "amábamos al otro".

La Revelación cristiana nos confirma categóricamente en este final religioso de la Historia humana. No sabemos en qué condiciones espirituales sorprenderá al progreso humano la Venida de Cristo. Pero conocemos el camino que El trazó a la vida del hombre y según el cual nos integramos a su Vida Eterna. Desasimiento del propio amor e incorporación por la caridad a la Comunidad que con El forman los hombres: la Iglesia.

A ese hombre sin rostro que es la sociedad humana entregamos como hijos de la Iglesia nuestro último amor hecho trabajo. Para acelerar la madurez del mundo, para acercarlo a la Vida Eterna. "Y ésta es la Vida Eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo". (S. Juan, XVII, 3).